

LA TOCA AZUL.

COMEDIA EN UN ACTO.

Escrita en francés, por M. E. Scribe.

(Arreglada al Teatro español por D. J. Hurtado de Mendoza.)

REPRESENTADA POR PRIMERA VEZ EN MADRID EN EL TEATRO DE VARIEDADES EL DIA 1.º DE OCTUBRE DE 1845.

PERSONAS.

EL DUQUE DE YORK, hermano del rey Carlos II. . .	DON JOSÉ BAGÁ.
LITTLETON, oficial de guardias.	DON JULIAN QUINTANA.
LORD CORNWALLIS.	DON PEDRO ROJAS.
LA DUQUESA DE YORK.	DOÑA CONCEPCION ANDRADE.
MISS TEMPLE, camarista de la duquesa.	DOÑA DOLORES MATA.
MISS HOWARD, lo mismo.	DOÑA SEBASTIANA MORAN.
Un page.	D. FRANCISCO ECÍJA.
Un oficial.	N. N.
Lores.	N. N.
Dos Damas de honor.	N. N.

La escena es en Inglaterra, en el Palacio de Windsor, en 1662.

ACTO UNICO.

El teatro representa una galería con puertas al fondo y laterales.—A la derecha una mesa cubierta con un tapete y recado de escribir.

ESCENA PRIMERA.

LITTLETON y MISS TEMPLE.

LITTLETON, *paseándose, ve á MISS TEMPLE, y sale á su encuentro.*

LITTLETON.

Miss Temple...la mas linda y agraciada de las jóvenes en el Palacio Windsor...Qué feliz casualidad !

TEMPLE.

Ignorais sin duda mi nombramiento de ca-

marista de la duquesa de York? Pues á saberlo, no estrañaríais mi presencia en este sitio.

LITTLETON.

Ese destino le ocupaba en otro tiempo la duquesa, antes que milord el duque, hermano del rey, la elevara hasta sí. Pero hay una circunstancia sorprendente en esta elevacion, y es que yo á quien entonces llamaba su primo, continuó siendo despues de titularse; á este parentesco debo mi introduccion en la corte de Carlos II, y mi nombramiento de oficial de guardia: ayer estuve de servicio en el palacio Windsor, y esta noche he velado al rey, á mi

noble parienta, á miss Temple; en fin, á todas las hermosuras que encierra la corte de Inglaterra.

TEMPLE.

Oficial de guardias!! Ya es algo... Pero con el talento que poseéis y la protección de vuestra prima, la duquesa, debíais emprender una carrera mas rápida y brillante.

LITTLETON.

No me siento con fuerza bastante para luchar con nuestros cortesanos; confieso, señora, que solo sé intrigar en el campo de batalla; y para medrar en este país, es preciso estar adornado ó con el talento audaz de Grammont, ó con la loca fortuna de Sidney con nuestras damas de Windsor.

TEMPLE.

Pensais tal vez?..

LITTLETON.

Que en esta corte tan frívola como galante son las hermosas las que deciden, y que siempre es favorable el éxito de una instancia, si esta es presentada á nuestro rey Carlos II por mano de una muger.

TEMPLE.

Sabéis que son muy temerarias tales suposiciones, y os arriesgais hablando de ese modo en la corte?

LITTLETON.

Poco teme perder su destino quien, abrigando ayer en su pecho una ambición, hoy se encuentra precisado á renunciar á ella... (*mirando á miss Temple con dolor*) Oh! cuando he visto desaparecer mis ensueños de felicidad, las mas bellas ilusiones de mi vida.. qué me puede inquietar ahora mi fortuna? Cualquiera que sea, me conformaré, porque un soldado que tiene valor se hace matar, y este porvenir es tan venturoso como otro cualquiera.

TEMPLE.

Si lo permitiérais, caballero, os recomendaria á mi protector, mi segundo padre... al duque de York.

LITTLETON.

Al duque de York? Y es quién dispone vuestro casamiento?.. os ruego no hablemos de él.

TEMPLE.

Por qué? ah! Si le conociérais! Es tan complaciente! gusta tanto de hacer un favor!

LITTLETON.

Por manía mas bien que por obligación; siempre mezclándose en los asuntos de matri-

monio... como que ha querido casarme lo menos veinte veces.

TEMPLE.

Y vos lo habeis rehusado? No es extraño, cuando no se ama...

LITTLETON.

Cuando no se ama! No, decid mas bien cuando la muger amada con tal delirio llega á ser esposa de otro hombre.

TEMPLE.

Esposa de otro? Ignora ella ese amor de que hablais?

LITTLETON.

Le ignora.

TEMPLE.

Demasiada timidez es esa para un oficial.

LITTLETON.

No es la timidez la única causa que me obliga á enmudecer; es el honor, la delicadeza.

TEMPLE.

El honor?

LITTLETON.

Sí; porque, qué puedo ofrecerla en cambio del brillante partido que se presenta á sus ojos? Qué puedo ofrecerla yo, un oficial sin fortuna ni esperanzas, que si la paz no se altera, no tengo seguro aun el porvenir de que os hablaba hace un instante? Esta es la causa porque jamás comprenderá mis deseos.

TEMPLE.

Jamás!.. (*picada*) Permitid que me retire... Quiero respetar vuestro silencio en este asunto... A Dios.

LITTLETON.

Oh! Dios mio! voy á perderla para siempre.

Vase miss Temple por la puerta de la derecha.

ESCENA II.

LITTLETON, solo.

Qué infeliz soy!.. adoro una muger... su despecho me prueba que tal vez seria correspondido, y la delicadeza me obliga á guardar silencio... está visto, no haré grandes progresos en la corte... (*mirando por la puerta del fondo*) Aqui vienen los aduladores y camaradas del duque, preparados para la carrera de caballos... y tambien lord Cornwallis, el que me roba mi felicidad... Y he de ocultar mi pesar mostrando una alegría que no siento?


~~~~~

ESCENA III.

LORD CORNWALLIS, LITTLETON y  
LORES.

CORNWALLIS.

Salud al caballero Littleton: vamos, esta vez os he conocido al instante, y os he llamado por vuestro nombre: ya veis si adelantó... Los primeros días de mi llegada á la corte confundía todos los nombres, y todas las personas... estaba trastornado, aturdido, no sabía dónde tenía la cabeza.

LITTLETON.

No es extraño, no habiendo abandonado jamás el país de Gales, y vuestro pintoresco castillo de Bridgebater.

CORNWALLIS.

El mes anterior tuve el honor de recibir en él al hermano de S. M.: milord duque se mostró muy satisfecho de mis aldeanos y de mis ciervos... Cazó mucho, y se distrajo prodigiosamente. La víspera de su partida, al acabar un bol de ponche, me dijo: «Milord Cornwallis, teneis un magnífico castillo, diez mil libras de renta, y un nombre honrado, todo esto es mucho para un hombre soltero; el cariño que os profeso me obliga á aconsejaros que os caseis... venid conmigo, os daré por esposa á mi protegida miss Temple, y haré que os nombren...»

LITTLETON.

Y vos, qué respondisteis?

CORNWALLIS.

Me he presentado en Windsor pronto á casarme de un momento á otro.

LITTLETON.

Y qué motivos pudieron obligaros á no contraer matrimonio hasta el consejo del príncipe?

CORNWALLIS.

Una bagatela... Que en nuestro país casi todos los maridos... (*habla al oído á Littleton*) Me parece que dos notables de la ciudad habían escapado del azote general... pero, amigo, el duque, que cuando estuvo allí lo examinó todo con esa sagacidad que tanto le distingue, me hizo conocer el error en que me hallaba, y me mostró que aquellos dos maridos eran absolutamente iguales á los demás.

LITTLETON.

Comprendo...

CORNWALLIS.

Yo dije, para mí, en guardia, Cornwallis; si encuentro quien testifique, demuestre y garantice la virtud de mi prometida, la hago mi esposa; si no, guardo mi nombre y mis propiedades para mí solo; pero hay una circunstancia en la mujer que su gracia ha elegido, que me tranquiliza.

LITTLETON.

Cuál?

CORNWALLIS.

Que es camarista.

LITTLETON.

Decid mas bien, milord, que se llama miss Temple.

CORNWALLIS.

Concedo, que tambien me agrada su nombre... Pero, señores, sabéis dónde se encuentra S. G.? Precisamente hoy teníamos que tratar dos negocios importantes; la carrera de caballos, y la firma de mi contrato.

LITTLETON.

Es hoy? Cielos! Tan pronto!

CORNWALLIS.

Después de la carrera de caballos... Me parece que se acerca milord duque... y de buen humor.

~~~~~

ESCENA IV.

DICHOS, el DUQUE DE YORK.

DUQUE.

Ah! ah! otro mas en la lista, otro... Esto es delicioso... ah! vos aquí, Cornwallis? Buenos días, buenos días. Littleton, ah! ah!

CORNWALLIS.

Quisiera, milord, poder reir con vos.

DUQUE.

Lo creo... pero amigo, nada sabéis, vosotros tampoco, lo he visto todo... yo solo... un gran descubrimiento!.. tanto que no le cedería por veinte mil guineas (*frotándose las manos*); otro pobre diablo.

CORNWALLIS.

Veinte mil guineas! es demasiado caro; y vos que sois tan generoso, milord, debéis hacer mejor partido para obligar á vuestros amigos.

DUQUE, *con aire grave.*

«Milores: creo que me conocéis demasiado; detesto la chismografía; además, que cualquiera puede entrar en la habitación donde se encuentra una dama, el viento puede muy bien cerrar la puerta, la llave puede quitarse por distracción... todo esto es demasiado inocente; pero cuando la casualidad os presenta un lance imprevisto, sería una infamia divulgarlo.»

LITTLETON, *aparte.*

Reventando está por decirlo. (*alto*) Siendo de esa suerte, y conociendo la discreción de S. G., nada le exigimos...

DUQUE.

Yo también conozco la vuestra, milores; y si mi prometéis el secreto... lo sabreis todo.

LITTLETON.

Ya sabía yo que lo contaría.

DUQUE.

Hace un momento (*bajando la voz á los demas que se acercan*) me paseaba por el jardín reservado de los pabellones de la duquesa, cuando me ocurrió entrar en el pabellón que todos conocéis; me dirijo á él, y veo que la puerta no estaba cerrada; sorprendido de semejante descuido iba á entrar, y al llegar al dintel me pareció que hablaban dentro; me acerco de puntillas conteniendo la respiración, observo por el agujero de la cerradura, y veo una dama y un caballero... Esperad... (*movimiento general*) aplico el oído contra la puerta, y la conversación había cesado. Pero en cambio llegó á mis oídos el ruido, bastante perceptible, de dos magníficos besos, que juzgué ser de los más cariñosos.

CORNWALLIS.

Milord duque es inteligente en esa materia.

DUQUE, *con modestia.*

Un poco de experiencia... y la costumbre... eso es todo.

CORNWALLIS.

Y en fin...

DUQUE.

Lo esencial era entonces reconocer las dos personas; observo de nuevo por el hueco de la cerradura... y veo... juzgad mi sorpresa; el caballero estaba á los pies de la dama, de espaldas á la puerta, y ella inclinada hacía él me ocultaba enteramente su rostro: resuelto no moverme de allí hasta conseguir mi intento, y un movimiento de los amantes iba

á cumplir mis deseos, cuando me se presenta en el jardín el escudero de la duquesa, y apenas me dejó tiempo para retirarme.

CORNWALLIS.

Qué desgracia!

LITTLETON.

Sí, es lástima!

Con ironía.

DUQUE, *riendo.*

Veo vuestra consternación... Ya no hay medio de descubrir... (*pausa*) Pero, podéis creer que este contratiempo me hubiese obligado á desistir? Nada de eso. (*enseñándoles una cadena de oro*) Mirad.

LITTLETON.

Cielos!

DUQUE, *con viveza.*

Cómo! conoces esta cadena?

LITTLETON.

Yo? No, milord, no. (*aparte*) La cadena de Sidney: la que compró delante de mí en casa del joyero italiano.

DUQUE.

Esta cadena la encontré á mis pies á la entrada de la habitación, y me apoderé de ella con la mayor presteza.

CORNWALLIS.

Ya podíamos descubrir algo si no fuera porque todos llevan hoy cadenas iguales á esa.

DUQUE.

Chist, poseo un medio más seguro; porque aunque no he visto el rostro de la dama, pude distinguir su peinado, y en él he fijado toda mi atención; llevaba una toca azul, con una magnífica pluma blanca.

CORNWALLIS.

Esa sí que es una buena señal.

DUQUE.

Milores, vamos á nuestra carrera de caballos; dentro de una hora estaremos de vuelta; y entonces, cuando se presenten nuestras *lady*s á cumplimentar á la duquesa, que estará acompañada de sus camaristas, descubriremos este secreto: pero lo confieso, quisiera que tuviese marido para que fuera más completa la *diversion*.

CORNWALLIS.

Le tendrá: debe tenerle.

DUQUE.

Queda convenido el silencio más profundo: lo juráis?

TODOS.

Lo juramos.

UN OFICIAL.

Los carruajes de milord, duque, esperan órdenes.

DUQUE.

Partamos; hasta despues, Littleton... No; dentro una hora, quiero que tú tambien tomes parte: vamos, milores.

Vanse.

ESCENA V.

LITTLETON.

No hay que perder un instante; va en ello el honor de una dama, y la fortuna tal vez de Sidney, de mi mejor amigo (*se sienta y escribe*): «Mi querido Sidney, el duque de York te ha descubierto esta mañana en el pabellon del jardin á los pies de una muger, cuyo secreto tú solo conoces; y aunque ignora quien sea, tu cadena está en su poder. Te doy este aviso para que tomes tus medidas.» (*llama, y sale un paje*) Esta carta á Sidney; al momento. (*vase el paje*) Qué lengua de vívora la de este principe; merecia que... Ah! aqui (*abrese la puerta lateral de la derecha*) viene la duquesa y sus camaristas... Miss Howart... miss... (*retrocediendo, lleno de sorpresa*) Cielos!! Qué he visto! será posible!... la toca azul... la pluma! cómo! la duquesa...

ESCENA VI.

LITTLETON, la DUQUESA DE YORK,
MISS HOWART y CAMARISTAS.

La duquesa lleva una toca azul con pluma blanca.

HOWART, á la duquesa.

Bien os decia yo, señora, que estaria aquí.

DUQUESA.

Mi querido primo, me alegra mucho encontraros, sin embargo que deberia guardaros rencor.

LITTLETON.

Milady!

Sorprendido.

DUQUESA.

Ciertamente; vos soy causa de que se me

acuse en la corte de olvido hácia mis amigos y parientes. «La Duquesa de York, dicen, tiene un primo lleno de mérito, y á pesar de eso es únicamente oficial de guardias.» Es preciso mejorar vuestra suerte; yo me encargo de hablar á la reina en vuestro favor.

LITTLETON.

Cuán buena sois... mi noble prima... Y no sé cómo podré... (*fijando sus miradas en la toca*) Oh! es ella! no hay duda, es ella.

DUQUESA.

Pero qué teneis? estais sobresaltado... inquieto...

LITTLETON.

Es verdad.

DUQUESA.

Pero qué es?

HOWART.

Hablad.

DUQUESA.

Hablad pronto.

LITTLETON.

Bien quisiera... pero no sé cómo deciros... (*aparte*) Toca terrible!

DUQUESA.

Me mirais de un modo muy extraño... Es cosa mia? os disgusto hoy? Vamos, mi querido primo, esplicao.

LITTLETON, *aparte*.

Este es el único medio. (*alto*) Pues si...

DUQUESA.

Cómo!!

HOWART.

Este caballero abusa de la confianza que milady le dispensa, distinguiéndole entre los demas.

DUQUESA.

Con que no estoy linda?

LITTLETON.

No es eso, preciosa... prima mia, siempre lo estais... pero no ahora.

DUQUESA.

Pues entonces qué ballais de extraordinario en mí?

HOWART.

A no ser por la toca.

LITTLETON.

Vos!o habeis dicho, es el tocado de milady. Sí, mi noble prima; entre el sinnúmero de alhajas que os adornan, distingo una que notablemente os afea...

DUQUESA.

Y que?

LITTLETON.

Oid; vos debiais consultar á vuestros amigos, á cuantos diariamente vienen á ofrecerse á vuestros pies... estoy seguro que os dirian lo mismo que yo; milady, quitaos esa toca azul, quitáosla pronto porque os desfigura en estremo.

DUQUESA.

Cómo... es mi toca?

LITTLETON.

Sí.

DUQUESA.

Ah! ah! Lo habeis oido? (*á las camaristas*) Una toca que acabo de recibir de Paris!

HOWARD.

Que heregía, caballero!

DUQUESA.

Solo podeis justificar esa acusacion, dando pruebas de un delicado criterio.

LITTLETON.

Soy un caballero, milady; y solo con este título debo ser escuchado; decid, mi noble prima, y vosotras todas, señoras ¿por quién si no por nosotros empleais tantas horas en el tocador? Y si es así, aquellos á quienes quereis atraer, no merecen la distincion de ser consultados por vosotras?

DUQUESA.

Esa es mi opinion, y por ella me sorprendo mas; cuando creia tener razones para agradaros cual nunca, estoy fuera de mí al pensar que he tenido esa toca puesta toda la mañana.

LITTLETON.

Oh! sí, sí.

DUQUESA.

Pero bien; supongamos que mi toca no esté bien: yo quiero al menos que me digais sus defectos; quiero conocerlos.

LITTLETON.

Diablo!

Aparte.

DUQUESA.

Vamos, decid.

CAMARISTAS.

Sí, sí.

LITTLETON.

Bueno: todas contra mí. (*aparte*) Yo no critico... respeto infinito la hechura de...

DUQUESA.

Luego son los colores?

LITTLETON.

No: ni los colores ni la hechura: todo está muy bien, pero tiene un... que os sienta malísimamente.

DUQUESA.

Tendreis razon... hay rostros... no quiero llevar mas esta toca.

Se la quita.

LITTLETON.

Respiro! se ha salvado!

Aparte.

DUQUESA.

Pero, veamos el efecto de ella... probaosla, miss Howard.

LITTLETON.

Eso solo depende del corte del rostro: á miss Howard la sentará muy bien.

HOWARD.

Lo creéis?

LITTLETON.

Mucho que sí. (*aparte*) Esta no tiene nada que perder.

HOWARD.

Milady, no os molesteis: ahora recuerdo que el azul no me favorece.

DUQUESA.

Pues yo estoy empeñada en que mi toca lo gre hoy un triunfo, y con este fin he de probarla á todas.

ESCENA VII.

LITTLETON, la DUQUESA, MISS TEMPLE, y DICHOS.

DUQUESA.

Miss Tempe, venid, acercaos...

La pone la toca.

LITTLETON.

Cielos!! Miss Temple!

Aparte.

DUQUESA.

Divina, encantadora.

TEMPLE.

Milady, qué significa?..

DUQUESA.

Que estais lindísima, y es mi voluntad hagais uso de ella en mi nombre.

LITTLETON.

Qué oigo!.. Permitidme...

DUQUESA.

Aqui teneis al caballero que reclama vuestra gratitud, porque á él solo debeis el obsequio.

TEMPLE.

Al caballero? ah! Sir Littleton, jamás olvidaré cuanto os debo.

LITTLETON.

Lo que debe!

Aparte, furioso.

DUQUESA.

Creo que usareis este adorno hasta la noche, en obsequio nuestro.

TEMPLE.

Os lo prometo, milady.

LITTLETON.

Se ha perdido!

Aparte.

TEMPLE.

Pero advierto que mi traje no corresponde al presente de milady, y solicito permiso para vestirme.

DUQUESA.

Id, y no olvideis que dentro de una hora firmaremos vuestro contrato.

TEMPLE, *aparte con tristeza.*

Dentro de una hora!!

DUQUESA.

Y al mostraros por primera vez á un esposo, no debemos olvidarnos de cuanto nos pueda embellecer.

TEMPLE, *aparte.*

Mi esposo... Lord Cornwallis... Qué infeliz soy!

Vase.

ESCENA VIII.

LITTLETON, la DUQUESA, MISS HOWARD, CAMARISTAS.

LITTLETON, *aparte, con viveza.*

Miss Temple se retira á su habitacion... si pudiera avisarla...

DUQUESA.

Primo mio, quereis pasar á casa del gran chambelan, y preguntarle á qué hora se presentará el contrato á la firma del rey?

LITTLETON.

Con mucho gusto. (*aparte*) Este encargo puede ocuparme poco tiempo, y, gracias al cielo, tendré el suficiente para prevenir á miss Temple... Con tal que una vuelta imprevista de milord duque... Oh! corramos; cada minuto vale un siglo.

Vase.

ESCENA IX.

LA DUQUESA, MISS HOWARD, LAS DAMAS DE HONOR; *despues el DUQUE, LORD CORNWALLIS, y los otros LORES.*

DUQUESA.

No os parece, miss Howard, que mi querida Temple no manifiesta la alegría y contento que serian de desear, no obstante este casamiento?

HOWARD.

Este casamiento es muy bueno, milady; pero por desgracia no asi el novio; yo sé de otra persona...

DUQUESA.

Eh! pero qué es eso?... (*interrumpiéndola*) ese ruido? ah! son los carruajes del duque... tan pronto de vuelta? (*entra el duque, acompañado de los demas lores*) Cómo! milord... la tan anunciada carrera...

DUQUE.

No debia haber concluido tan pronto, y yo esperaba haberos anunciado un nuevo triunfo de mi gracioso alazan, vuestro favorito... y verdaderamente á no haber sucedido una desgracia...

DUQUESA.

Una desgracia!

DUQUE.

Qué! por San Jorge, no tendrá consecuencias. Lord Cornwallis, que es un verdadero aficionado, no ha querido confiar á nadie el cuidado de guiar su corcel... noble, valiente, y corredor que en menos de diez minutos llegó al punto designado. . pero sin ginete.

DUQUESA Y DAMAS.

Ay Dios mio!

DUQUE.

Y como este caso no estaba previsto, hemos aplazado la segunda prueba.

CORNWALLIS.

Tranquilizaos (*á las señoras*), que no he recibido la menor lesion... Casi, casi estoy por bendecir el suceso... porque aunque ha quedado el caballo estropeado de los pies, tirándome en la carrera, ha adelantado el momento de mi dicha... Vamos á firmar; no es cierto, milord?

DUQUE.

Al instante... ved aqui al notario real á quien habia mandado llamar.

El notario entra, trayendo en la mano el contrato, y va á colocarse en la mesa.

DUQUESA, á miss Howard.

Hacedme el favor de avisar á miss Temple.

CORNWALLIS.

Decidme (*miss Howar sale por la puerta de la izquierda*) ¿no habeis vuelto á ver (*al duque*) á la de la toca azul?

DUQUE.

No, y lo siento.

Lo mismo.

CORNWALLIS.

Al atravesar las antenasalamos hemos examinado todas las fisonomías...

DUQUE.

Yo contaba con que seria alguna de las camaristas de la duquesa.. Ya sera imposible descubrirlo; habrán sospechado algo, y la toca desapareció. Oh! las mugeres! siempre maliciosas hasta el estremo... Silencio, la duquesa nos observa. Vamos, Cornwallis, ya teneis cumplidos vuestros deseos... os llevais la mas hermosa.

DUQUESA.

Decid mejor, milord... hablad mas bien de las relevantes cualidades, de las virtudes de miss Temple, cuyo mayor adorno es una reputacion sin tacha.

Entra miss Temple, conducida por miss Howard.

ESCENA X.

CORNWALLIS, *el DUQUE, la DUQUESA, MISS TEMPLE, MISS HOWART, las CAMARISTAS, los LORES.*

DUQUESA.

Miradla.

CORNWALLIS.

Oh dicha! voy á ser el mas feliz del universo.

DUQUE, *apresurándose á ofrecer la mano á miss Temple.*

Acercaos, hija mia. Qué veo! Dios mio! (*reparando en la toca*) es ella!

CORNWALLIS, *adelantándose.*

Miss Temple!.. Justo cielo!.. Es ilusion!..

DUQUESA.

Qué ocurre, milores?

Riendo.

DUQUE y CORNWALLIS.

Pero qué veo! Será posible!..

DUQUESA.

No es cierto que es muy bella? Está encantadora! Y cuánto la hermosea esa modesta turbacion!

TEMPLE.

Oh! momento terrible! y he de dar mi mano á quien no goza las simpatías de mi corazon?

CORNWALLIS.

Milord, es la misma.

Bajo al duque.

DUQUE, *disimulando su turbacion.*

Sí, sin duda que es ella... Pero ¿qué queis decir con eso?

CORNWALLIS, *bajo.*

No me entendeis. Es la de la toca azul...

DUQUE, *con viveza.*

Azul no... Me parece haber dicho de color de rosa.

CORNWALLIS.

No os quepa duda que habeis dicho azul... Y mirad tambien la fatal pluma.

DUQUE, *aparte.*

Maldita sea mi charlataneria.

DUQUESA.

Vamos, lord Cornwallis, os toca firmar el primero.

CORNWALLIS.

Salgamos de dudas. (*el notario real le presenta la pluma*) Esta pluma...

DUQUESA.

Va á haceros feliz: creo que cuidareis de ella, como es debido. Vamos; firmad.

CORNWALLIS.

Yo firmar! No: jamás.

Movimiento general.

DUQUE.

Qué decís, milord!.. Qué locura!.. os suplico (*á los demás*) nos dejes solos por un momento. (*á miss Temple*) Tengo que hablaros sin testigos.

DUQUESA.

Os retractais de vuestro compromiso!.. No comprendo...

CORNWALLIS.

Ya lo tengo resuelto. Guardo para mí solo mi nombre y mis riquezas.

TEMPLE.

Oh felicidad! mi corazón rebosa de placer.

Todos salen, excepto el Duque y miss Temple: los hombres se van por el fondo, y las mujeres por la izquierda.

ESCENA XI.

EL DUQUE, MISS TEMPLE.

DUQUE.

Me agradeceréis sin duda, querida mía, que os haya ahorrado la molestia de daros y pedir os públicas esplicaciones, en las que podría cebarse la malignidad de vuestras compañeras. En cuanto á lord Cornwallis; aun cuando conozco que ha procedido con demasiada ligereza, no puedo condenarle desde luego; y desgraciadamente existen motivos tan poderosos...

TEMPLE, *con viveza.*

Qué motivos, milord? En vano procuro adivinarlos.

DUQUE, *cogiéndola la mano.*

Es inútil fingir conmigo... Lo sé todo.

TEMPLE.

Lo sabéis todo?

DUQUE.

Oh! Ya conozco por vuestras miradas, que me acusáis de curiosa indiscrecion; pero francamente, no teneis razon... Solo, por casualidad, os lo juro, pasé por delante del pabellon, y miré por el agujero de la llave... y al referir el suceso á lord Cornwallis, creedme, de quien menos llegué á sospechar fué de vos.

TEMPLE.

Pero sospechar de mí? de qué? Hablad, milord... Supuesto que lo sabéis todo, decidme al menos...

DUQUE, *sonriéndose.*

Vamos, vamos. picarilla... estais en que me falta la prueba principal... es cierto: confieso que no he podido reconocer al culpable, porque estaba de espaldas... pero os advierto que tengo en mi poder un indicio, que tarde ó temprano me le dará á conocer. Seria mejor que vos misma me le comunicárais sin recelo, á mí que soy vuestro tutor, vuestro amigo... No me respondeis?

TEMPLE.

Qué queréis que os responda, milord? Me habláis de cosas que no comprendo... y aun me parece que os divertís con mi sorpresa y mi turbacion.

DUQUE.

Os obstináis en vuestro silencio? Escuchad: Por mi estoy plenamente convencido de que habeis acudido á esa cita por inesperienza, y de que en modo alguno sois culpable... Pero á quién se lo hareis creer en una corte tan pervertida como esta? Pensad que el rompimiento de este casamiento echa una mancha sobre vuestra reputacion hasta ahora pura. (*aparte*) Era la única. (*alto*) Y ahora quién será el esposo de miss Temple?... un solo hombre, ese cuyo nombre os empeñais en ocultarme.

TEMPLE.

Pero por qué?

DUQUE.

Empeño una palabra de honor, y juro por la memoria de vuestro padre, el valiente coronel Temple, que el que os ha comprometido os volverá el honor ó será espulsado del palacio real.

TEMPLE.

Pero, milord, nadie me ha comprometido... y vos vais á sospechar de todo el mundo... Ved porque tanto todos los córtesanos se van á ver obligados á casarse conmigo... eso es terrible para los inocentes; y lo son todos, os lo juro.

DUQUE, *aparte.*

Oh! eso no es cierto. Pero no me es difícil descubrirlo... Rochester; no, ese no es... salió antes de ayer para su tercer destierro... Fermin, no abandona á lady Castelmaine, la fiel amiga de mi augusto hermano... El lindo Sidney?... desconfío mucho: ya perdió su prestigio... Entre las personas á quienes hablé esta mañana... Ah! Qué sospecha... La confusion de Littleton cuando enseñé la cadena... Cómo diablos no me lo he figurado antes? Miss Temple; el hombre cuyo nombre deseaba saber es el caballero Littleton.

TEMPLE, *turbada.*

Cielos! Littleton! os juro...

DUQUE.

Os habeis turbado... él es... corro á interrogarle, y todo me hace creer que he hallado lo que buscaba. El será franco, y me confiará vuestros amores.

TEMPLE.

Os engañais enteramente; eso no es mas que un sueño.

DUQUE.

No, no: no es sueño: estoy bien seguro de ello.

Vase por el fondo.

ESCENA XII.

MISS TEMPLE, sola.

(Deteneos; escuchadme... Ya ha marchado... Dios mio! quién me explicará qué significa todo esto?)

UN PAJE entra, y la da una carta.

Para miss Temple.

Vase.

TEMPLE.

De dónde viene esta carta? (leyendo) «Un amigo, una persona que se interesa por vos, os suplica os quiteis al momento la toca azul que os habeis puesto, pues que de lo contrario estais perdida.» Cómo! Esta toca? Es singular! O estais perdida, me dicen... Habré de seguir este consejo? Si fuera cierto sin duda... Pero si se quisieran burlar... pero no... Y ahora que reflexiono, me parece... sí, sí, bien: ahora recuerdo... milord duque miraba á la toca con cierto aire burlon... Sí, desaparezca... (se la quita dejándola sobre la mesa) Veremos si por este medio llego á aclarar el misterio, y á conocer el autor de mis tormentos.

ESCENA XIII.

MISS TEMPLE, LITTLETON.

LITTLETON.

Miss Temple, ah! os encuentro por fin... acabo de saber... Qué dicha!.. es decir, qué desgracia... Ya no se efectúa vuestro casamiento?

TEMPLE.

Es cierto... Eso es lo que yo deseaba únicamente: se lo agradecería á lord Cornwallis, si hubiera sabido escoger mejor momento para retraerse... Pero con su inopinada y repentina resolucion me ha hecho una afrenta cuya causa no llego á comprender... La sabeis, sir Litt-

leton? Ah! decidme, os lo suplico, decidme, por qué me tratan así?

LITTLETON.

Por qué?... Porque soy un desgraciado, un loco... ó mas bien, un necio, un imbécil que se mezcla en lo que no le importa para enredar y embrollarlo todo.

TEMPLE.

Qué quereis decir?

LITTLETON.

Que yo soy la causa de todo lo que sucede.

TEMPLE.

Vos? Es posible! y cómo?

LITTLETON.

Hé aquí precisamente lo que no sé explicaros.

TEMPLE, aparte.

Tambien este! (alto) Al menos, vos que sois la causa, y que todo lo debeis saber, me explicareis, de quién es esta carta que acabo de recibir?

LITTLETON.

Esta carta es mia.

TEMPLE.

Vuestra?

LITTLETON.

Y veo que ha llegado demasiado tarde.

TEMPLE.

Luego esta toca?...

LITTLETON.

Es el instrumento de mi necesidad... y si me creyeráis, debiais renunciar para siempre á todas las tocas posibles, azules, verdes ó encarnadas.

TEMPLE.

Y os negareis á decirme...

LITTLETON.

Oh! Por favor, no me preguntéis mas... es un secreto que debe morir conmigo... Pero si causas para vos desconocidas, me obligan á guardar silencio sobre este punto, con una sola palabra puedo reparar el daño, y hacer callar la calumnia... solamente vos podeis darme el derecho de hablar.

TEMPLE.

Oh! de muy buena gana. Al pronto, pronto; qué diríais?

LITTLETON.

Diria: Duque de York, lord Cornwallis, y vosotros lores y milores, yo por la fé de caballero sostengo que miss Temple es la mas noble é intachable de todas las mugeres, y en

prueba de ello la consagro mi nombre y mi libertad.

TEMPLE.

Qué oigo!

LITTLETON, *con confusion.*

Que os amo... Que nunca he dejado de amaros.. Pero decid vos, ¿no debí sofocar este amor cuando un rival adornado de tantos atractivos ponía a vuestros pies bienes que no me es dado ofrecerlos? Pero ahora en que por mi causa iba á caer una mancha sobre aquella á quien amo, es preciso que publique mi amor, y para garantía del honor de una mujer vengo á ofrecerlos el honor de soldado.

TEMPLE, *conmovida.*

No sé que contestar... Esta declaracion tan repentina, tan imprevista, me confunde de tal manera...

LITTLETON.

Os ha sido precisa esta declaracion para saber que yo os amaba? Oh! no: estoy seguro que no: ya habiais leído mi amor en mis ojos.

TEMPLE.

Si... no lo niego... pero...

LITTLETON.

No basta que os ame, no es cierto? Es preciso que consenta vuestro corazon; que no me rechace.

TEMPLE.

Sir Littleton, no decís que yo debia de haber conocido por vuestros ojos lo que pasaba en vuestro interior?

LITTLETON.

Sin duda... y que...

TEMPLE.

Qué... que no os sucedia lo mismo.

LITTLETON, *transportado de alegría.*

Qué oigo!... oh! por piedad, no retireis esos lindos ojos de mi... dejadme considerar en ellos toda la estension de mi felicidad. Ahora ya soy el mas feliz de los hombres.

Cae de rodillas.

ESCENA XIV.

LOS MISMOS, *el DUQUE.*

DUQUE, *deteniéndose en el fondo.*

Era él.

TEMPLE.

Cielos! el duque!

Littleton se levanta.

DUQUE, *llamando aparte á miss Temple.*

Ya veis que era inútil ocultarme su nombre, y procurar engañarme; ya sabía yo que él vendría á entregarse... Hola! hola! os habeis quitado la toca... pero... tarde. (*alto y con tono grave*) Caballero Littleton, ya sé que sois un soldado pundonoroso... Despues de lo sucedido, el honor exige que seais el esposo de miss Temple.

TEMPLE.

Mi esposo!

LITTLETON.

Qué significa esto?

DUQUE.

Habeis oído? Acercaos á la mesa, y firmad las condiciones que os parezcan.

LITTLETON, *aparte.*

Si comprendo una palabra.. (*ocurriéndosele una idea*) Ah! ya: me ha tomado por el personaje del pabellon; si es asi, poco me importa.

DUQUE.

Tal es mi voluntad... el honor os obliga á obedecerla.

LITTLETON.

Me someto con tanto mas gusto, cuanto que me mandais ser feliz con aquella á quien adoro.

ESCENA XV.

LOS MISMOS, CORNWALLIS.

CORNWALLIS, *acercándose al duque, y en voz baja.*

Milord, no he perdonado tiempo, he corrido todas las habitaciones de palacio, y á todos los grupos les he referido la escena de la toca azul.

DUQUE, *incomodado.*

Y por qué?

CORNWALLIS.

Para observar las fisonomias y descubrir el misterioso personaje... Trabajo perdido... Todos han quedado impassibles, escepto yo, porque mis ojos se movian á derecha é izquierda con una rapidez... Espero que miss Temple me agradecerá el trabajo que me tomo por ella.

DUQUE.

Os lo agradezco infinitamente; pero es inútil que os fatiguis... La persona que buscaís, se ha encontrado... vedla ahí.

Señala á Littleton.

CORNWALLIS.

Littleton... cómo... era él? Y esta mañana cuando lo contabais estaba tan sereno... Astuto cortesano!

DUQUE.

Así es, milord, que el caballero se casa con miss Temple.

CORNWALLIS.

Es muy justo... otra noticia que circular... voy á hacerlo.

DUQUE.

Deteneos un instante... nos sois preciso... Acercaos miss Temple, y tú también, Littleton... Nadie es mas digno que este caballero del tesoro de que va á gozar, pero hay ciertas desproporciones que me toca hacer desaparecer... Siendo miss Temple una rica heredera, es preciso que su marido posea algo.

LITTLETON.

Eso es precisamente lo que me falta.

CORNWALLIS.

Cáspita! Eso sí que es cargante! Cómo? caballero, no poseéis un campillo de labranza, un castillo, una docena de majuelos; en fin, cualquier cosa? En este caso, nada mejor que solicitar un empleo en la corte.

DUQUE.

Eso es, un empleo en la corte... La plaza que estaba destinada para el esposo de miss Temple, fuera quien fuera... la que yo habia solicitado y obtenido para vos.

CORNWALLIS.

Cómo?... Dais mi empleo á otro?

DUQUE, *bajo*.

Vos le cedéis la muger.

CORNWALLIS.

La muger, si... el empleo, no.

DUQUE, *alzando la voz*.

No van la una sin la otra. Ahora ireis á ver á S. M. con el caballero... y le suplicareis se digne sustituir el nombre de Littleton al vuestro; yo os autorizo para que os apoyéis en mi valimiento, á fin de alcanzar esta nueva gracia.

LITTLETON.

Cómo podre agradecer al señor duque tantos favores?

CORNWALLIS, *aparte*.

Bah! Ya no soy gentil-hombre de S. M. una mala noticia que circulan... (*bajo*) Caballero estoy á vuestras órdenes.

LITTLETON, *aparte*.

Dicha inesperada!

Cornwallis y Littleton saludan, y se van.

ESCENA XVI.

MISS TEMPLE, el DUQUE, *después la DUQUESA, y MISS HOWART.*

DUQUE.

Qué tal miss Temple?

TEMPLE.

Cuánto os tengo que agradecer.

DUQUE.

Vamos, vamos... Puesto que tanto os lisongea este casamiento, por qué no haberme confesado desde luego que era él?

TEMPLE, *admirada*.

Que era él?

DUQUE.

Volvemos á las andadas? (*entra la duquesa, seguida de miss Howard, y sus camaristas.*) Ah! milady, no podeis llegar á mejor tiempo... gran noticia... nuestra querida favorita se ha consolado de la pérdida de lord Cornwallis, y mañana se desposará con aquel á quien habia elegido su corazón... con el caballero Littleton.

DUQUESA.

Qué decis? Miss Temple, esposa de Littleton... hoy es el día de las sorpresas... Esta mañana un casamiento deshecho, al punto de firmar los contratos... Ahora aparece un marido, en el que nadie pensaba.

TEMPLE.

Escepto yo, señora.

DUQUE.

Todo se os explicará, pero ahora debeis cumplir á miss Temple.

DUQUESA.

Por su nuevo esposo... ciertamente... En cuanto al otro, ahora, ahora que ya está fuera de combate puedo decir mi opinión... me desagradaba en extremo.

TEMPLE.

A mí también.

HOWART.

Yo digo lo mismo.

DUQUE.

Estraña unanimidad!

DUQUESA.

Al paso que mi nuevo yerno es tan alegre y tan bullicioso, á la par que valiente.

DUQUE.

Y á todas esas cualidades espero que reuni-

rá el título de gentil-hombre de S. M. Milady, os concedo que seais vos la que tenga el placer de ofrecerle las insignias de su nueva dignidad... la espada, las espuelas... la... Ah! pero recuerdo... tengo que devolverle una cosa de que ya no me acordaba... Donde está la cadena?... Ah! ya la hallé.

La saca del bolsillo.

DUQUESA.

Qué veo! Dios mio! Cómo está en vuestro poder la cadena de lord Sidney?

DUQUE.

La cadena de Sidney!

DUQUESA, *aparte*.

Que imprudente!... (*alto*) Verdaderamente no sé cómo la he podido conocer... Ah! ya... hace algunos días, lord Sidney llevaba esta cadena a la tertulia de la duquesa de Cleveland, y el caballero de Grammont se la alababa mucho... Yo la miré, y ved ahí por qué la reconozco ahora... Sin embargo, pudiera equivocarme.

DUQUE.

No, porque veo aquí dos iniciales que deben ser las que forman la cifra de Sidney... A. S... Arturo Sidney... Pues no era Littleton!

DUQUESA, *aparte*.

De dónde le habrá venido la cadena?

DUQUE, *aparte*.

Cómo es que yo le he encontrado á sus pies, y ha consentido tan pronto en casarse con ella? No comprendo... (*mirando á miss Temple*) Pero, si; pardiez... ella ya no tenía la toca... él no se la ha visto; no sospecha nada, y cree que lo exijo por haberle sorprendido á los pies de ella... Pero no permitiré que el inocente Littleton cargue con la reparacion que solo debe Sidney; y yo voy...

DUQUESA.

Nos dejais así? Deteneos un momento... decidme á lo menos qué es lo que tanto os preocupa...

DUQUE, *tomándola la mano*.

Perdonad, milady, tengo que dedicarme por ahora á otros cuidados que luego os participaré, y merecerá vuestra aprobacion.

DUQUESA.

Ese lenguaje... todo indica que nada sospecha... ya respiro.

ESCENA XVII.

LOSMISMOS, CORNWALLIS, LITTLETON.

CORNWALLIS, *trayendo de la mano á Littleton*.

Tengo el honor de presentar á V. G. un gentil-hombre de S. M. Al firmar, el rey me dijo con graciosa sonrisa: «nada puedo rehusar á un galan caballero.» Un porte tan desinteresado como este, es muy raro entre los cortesanos, y así, debo satisfacer los deseos de milord duque.

DUQUESA.

Palabras muy lisongeras.

CORNWALLIS.

Escesivamente lisongeras, milady; y mi empleo se ha dado al caballero... he quedado admirado de la bondad del rey. (*aparte*) El sacrificio es cruel, pero con el empleo era preciso tomar la toca, y yo prefiero dejar las dos cosas.

DUQUE, *aparte*.

Pues hemos hecho un buen negocio! (*á Cornwallis, aparte*) Milord!.. nos hemos apresurado demasiado... no era él.

CORNWALLIS, *lo mismo*.

Cómo, no era él!

DUQUE.

No hay duda. No era Littleton el que estaba con miss Temple en el pabellon... y desde luego no debo consentir que se case con ella.

CORNWALLIS, *aterrado*.

No es Littleton, y me habeis obligado á cederle mi empleo... Pues señor, me he lucido á fé mia!

DUQUE, *en voz baja*.

Y qué puedo hacerle yo? ahora se trata de cosa mas importante que vuestro empleo... Todo está corriente, y es preciso deshacerlo todo; vaya, milord, ayudadme.. Pero miradlos... se estan haciendo mil protestas y juramentos... Cómo se adoran esos muchachos!.. mucho trabajo nos vá á costar el deshacer este enlace.

CORNWALLIS.

Me honrais escesivamente, diciéndome que os ayude... pero me parece que aquí ya estoy demás... desde que declaré que no me casaba.

DUQUE, *impacientado*.

Es cierto que no os casais; pero por lo tanto, es preciso que alguno se case.

LITTLETON.

Ved, señor duque, la promesa firmada por mi mano segun vuestros deseos... Un favor tengo que pedir os aun, y es que os digneis apresurar el momento en que haya de cumplir lo que ahora firmo.

DUQUE, *bajo á Cornwallis.*

Lo ois?... (*alto*) Rómpe esa promesa, Littleton, y no pienses mas en este casamiento... es imposible.

LITTLETON, MISS TEMPLE, DUQUESA.

¿Qué oigo?

LITTLETON.

Imposible, milord! Y por qué?

DUQUE.

Porque es forzoso se case con otro.

TEMPLE.

Con otro?

LITTLETON.

Con quién, milord?

DUQUE.

Con el que ha comprometido su honor y su reputacion... Porque ahora puedo decirlo públicamente, puesto que, gracias á lord Cornwallis, esta aventura es la novedad del dia.

CORNWALLIS.

Gracias á mí! Si yo no he visto nada.

LITTLETON.

Pero el que ha comprometido el honor y la reputacion de miss Temple soy yo, solo yo; y el que diga lo contrario, tendria que sostenerlo conmigo con la punta de la espada... Por consiguiente conmigo, y solo conmigo debe casarse.

DUQUE, *llevándole aparte.*

Veo cuanto la amas, desgraciado... pero ignoras lo que ha pasado... Yo la he visto encerrada con un hombre... y este estaba de rodillas delante de ella.

LITTLETON.

Era yo!

DUQUE.

No; no eras tú... yo lo sé... tú tambien lo sabes... era Sidney...

LITTLETON.

Es una torpe mentira, señor duque; yo lo sostengo... os han engañado... ó si es cierto que era Sidney, entonces no era miss Temple.

DUQUE.

La violencia de su pasion le volverá loco.

ESCENA XVIII.

LOS MISMOS, un OFICIAL.

OFICIAL, *entregándole una carta.*

Para V. G.

DUQUE, *abriéndola, y leyendo aparte.*

«Milord, dignaos acoger la súplica que me veo obligado á dirigiros por escrito á causa de estar desde ayer detenido en cama por una fuerte calentura.» (*se detiene*) Quién diablos tiene calentura?... veamos la firma... Sidney! Sidney enfermo desde ayer... ah! entonces no es él... Por el pronto me hace dudar... sin embargo esta cadena... Prosigamos. (*lee*) «Espero de vuestra gracia, justicia y proteccion contra la mala fé del caballero Littleton, á quien he remitido hace ocho dias una cadena de oro de Venecia en cambio de su hermoso corcel árabe, y cuya negligencia...» Qué leo! (*á Littleton*) Ya todo está explicado... Caballero... os casais con miss Temple.

LITTLETON, *admirado.*

Pues cómo?

DUQUE, *aparte.*

Toma, lee y lo comprenderás.

Le da la carta.

LITTLETON, *aparte.*

Una carta de Sidney, la contestacion á la mia.

CORNWALLIS, *al duque.*

Con que hasta ahora el caballero es el agraciado.

DUQUE.

Sin duda.

CORNWALLIS.

Y definitivamente?

DUQUE.

A menos que vos no os retracteis, dándola una completa satisfaccion.

CORNWALLIS.

Quiero mejor ser un mero espectador de la felicidad del caballero Littleton, y ser de los primeros en felicitarle.

DUQUESA.

No comprendo nada de lo que sucede esta mañana... pero lo que mas me admira, es la facilidad con que lord Cornwallis cede graciosamente al caballero Littleton la posesion de una muger que ambos debian disputarse. Podria saberse la causa, milord?

CORNWALLIS.

La causa, milady?

LITTLETON, *aparte, con inquietud.*
 Qué irá á decir?

CORNWALLIS.

Os va á parecer extravagante, absurda, fantástica... No me caso con miss Temple, porque esta mañana llevaba una toca azul con una pluma blanca.

DUQUESA, *admirada.*

Y es ese el motivo?

CORNWALLIS.

Ese.

DUQUE y LITTLETON, *aparte.*

Grandísimo pillo.

DUQUESA, *riendo.*

Entonces tampoco os hubieráis casado conmigo, milord; porque yo llevaba esa toca esta mañana.

DUQUE.

Qué dices?

DUQUESA.

Y un momento antes de ir á firmar el contrato la trasmítí á miss Temple.

DUQUE.

Vos, milady?

LITTLETON, *turbado.*

Sí, sin duda: esta mañana... cuando yo estaba á los pies de la señora duquesa...

DUQUESA, *aparte.*

Qué es lo que dice! Cielos... sabrán!..

DUQUE.

Cómo? Pues qué significa esto?

LITTLETON, *bajo al duque.*

Que ahora ya podemos descubrir á todo el mundo el hilo del enredo; la duquesa era la que llevaba la toca azul, y yo el que estaba á sus pies, suplicándola intercediera con V. G. para que me concediera la mano de miss Temple... Comprendeis?

DUQUE.

No muy claro.

LITTLETON, *bajo tambien.*

Todo lo que he dicho, es falso.

DUQUE.

Y qué adelantamos con eso?

LITTLETON.

Salvar el honor de miss Temple.

DUQUE.

Cómo! Lo que acaba de decir la duquesa...

LITTLETON.

Estaba convenido con milady. Esta declaración acalla las murmuraciones, y todos quedan engañados.

DUQUE, *como comprendiendo de repente.*

Bien! ¡muy bien! Todos quedan engañados; por manera que la duquesa...

LITTLETON.

Ha adquirido nuevos derechos á nuestro agradecimiento.

DUQUE, *muy alegre.*

La estoy muy agradecido. Qué buena sois, y cuanto os lo agradezco.

A la duquesa, besándola la mano.

DUQUESA.

Ah! querido yerno... sin vos!..

CORNWALLIS.

No me jacto de ser muy perspicaz; pero apostaría mi castillo, mis prados, mis bosques, y todo lo que tengo, á que milord duque...

DUQUE.

Vamos, lord Cornwallis, qué me decis de esta?

CORNWALLIS.

Que renuncio de buen grado á la mano de miss Temple; pues he resuelto permanecer soltero, y que el engañado en esta ocasion apostaría cualquiera cosa á que seguramente no soy yo, sino...

Echando una mirada maligna al duque.

CORNWALLIS, *llamando al duque aparte.*

En este juego he perdido:
 bien lo veis; me he fastidiado!..
 ¿pero quién mas engañado
 en este lance habrá sido?
 El Señor! Yo ó el Marido?..

DUQUE.

De quién, milord?

CORNWALLIS.

De la Toca.

DUQUE.

Descifradme en conclusion...

CORNWALLIS.

No desplegaré mi boca.

DUQUE.

Por qué?..

CORNWALLIS.

Porque á ella le toca aclarar tal confusion.

FIN.

